



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
Volumen 17
Número 1
Enero - Abril 2022
Pp. 147 - 170

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

La dinámica de las relaciones humanos-espárragos en el sur de Extremadura. La importancia sociosimbólica de la recolección

Rufino Acosta Naranjo
Universidad de Sevilla

Antonio Jesús Guzmán Troncoso
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Recibido: 01.05.2020
Aceptado: 13.05.2021
DOI: 10.11156/aibr.170107

RESUMEN

Históricamente, humanos y espárragos silvestres han compartido espacio en la Sierra Morena extremeña y se han beneficiado mutuamente de su interacción. Los espárragos han prosperado en los ecosistemas antrópicos y, a su vez, se han convertido últimamente en la planta silvestre de mayor relevancia cultural en la zona. Si históricamente eran las razones alimentarias las que fundamentaban el interés por los espárragos, hoy en día son sobre todo un servicio cultural de los agroecosistemas, que atiende a cuestiones de ocio, vinculación al territorio e identidad local y de género. A partir fundamentalmente del trabajo de campo etnográfico y con la ayuda de parte de los resultados de una encuesta, exploramos las dimensiones sociosimbólicas de la persistencia y auge de la recolección de la planta.

PALABRAS CLAVE

Etnobotánica, espárragos, servicios de los ecosistemas, masculinidades, España.

THE DYNAMICS OF HUMAN-ASPARAGUS RELATIONS IN THE SOUTH OF EXTREMADURA. THE SOCIO-SYMBOLIC RELEVANCE OF GATHERING

ABSTRACT

Historically, humans and wild asparagus have shared the same space in the Extremadura's Sierra Morena and have mutually benefited from their interaction. Asparagus has thrived in anthropized ecosystems and in turn has recently become the most culturally relevant wild edible plant in the area. If historically they were the nutritional reasons that justified the interest in asparagus, today asparagus gathering is above all a cultural service of the agroecosystems, which addresses issues of leisure, linkage to the territory and local and gender identity. Based mainly on ethnographic fieldwork and with the help of part of the results of a survey, we explore the socio-symbolic dimensions of the persistence and growth of the plant gathering.

KEY WORDS

Ethnobotany, asparagus, ecosystems services, masculinities, Spain.

1. Introducción

El objetivo central de este artículo es poner de manifiesto la importancia de los espárragos en la zona de estudio e identificar las razones que hacen que su recolección sea un fenómeno sociológico de gran magnitud en las comunidades rurales del sur de Extremadura. Es nuestra intención dar cuenta de las relaciones entre humanos y plantas alimentarias silvestres en un momento de importante cambio en la dinámica de su coevolución biótica y social en los agroecosistemas, ya que en la recolección y consumo de estas en España la dimensión alimentaria se ve en parte superada por otras no tanto económicas y nutricionales, como sociosimbólicas.

Nos parecen sugerentes las aportaciones que se están realizando en el campo de la antropología ecológica desde la distintas corrientes que postulan que, para entender un fenómeno social complejo en el que interrelacionan humanos y vegetales, debe atenderse a las diferentes realidades que existen en él. Sin posicionarnos dentro de la corriente del giro ontológico (González Abrisketa y Carro-Ripalda, 2016; Holbraad y Pedersen, 2017) ni pretender en este estudio hacer una etnografía multiespecies (Kohn, 2007; Münster, 2016; Ogden, Hall y Tanita, 2013), pero siendo sensibles al fondo de razonamientos antidualistas que las sustentan, creemos que es necesario dar pasos en la dirección de interpretar los procesos desde modelos centrados en las interacciones y la coevolución entre las comunidades humanas y las otras entidades del ecosistema (Anderson, Pearsall, Hunn y Turner, 2011; Ellen, 2006). Para una antropología ecológica que ponga en duda rígidos dualismos es imprescindible hacer partícipes las dimensiones física, biológica, social, filosófica y espiritual de los ecosistemas (Descola y Palsson, 1996; Ellen, 2006; Ellen y Fukui, 1996; Hornborg, 1996; Viveiros de Castro, 1998).

En el campo de la etnobotánica, es creciente el número estudios que abordan la relación entre las comunidades humanas y las plantas comestibles silvestres. En ellos se tratan cuestiones diversas como: prácticas de recolección y consumo; conocimiento asociado a ellas; interés económico; propiedades medicinales y alimentarias; relevancia desde el punto de vista del conocimiento ecológico tradicional; papel de este último para la conservación de los ecosistemas; o paso de servicio de abastecimiento a servicio cultural (Ahmed y Grainge, 1986; Gaoue, 2017; Leonti, Nebel, Rivera y Heinrich, 2006; Reyes-García, Menendez-Baceta, Aceituno-Mata, Acosta-Naranjo, Calvet-Mirbe, Domínguez, Garnatje, Gómez-Baggethun, Molina-Bustamante, Molina, Rodríguez-Franco, Serrasolses, Vallès y Pardo-de-Santayana, 2015; Sillitoe, 2006). En nuestro caso concreto pretendemos describir cómo las comunidades humanas de la Sierra Morena

Extremeña coexisten con el espárrago triguero (*Asparagus acutifolius*). Partimos de la base de que humanos y plantas son especies diferentes, con características singulares e irreductibles, pero que no por ello dejan de participar de una misma condición de seres vivos y de lógicas y dinámicas de reproducción, interacción y conducta que se influyen mutuamente. Decidimos trabajar con el espárrago tanto por razones de interés personal, de gran afición por su recolección, como porque en una investigación multidisciplinar que llevamos a cabo mediante distintos estudios de caso en España resultó ser la planta comestible silvestre que mayor pervivencia tiene en cuanto a su conocimiento, recolección y uso (Reyes-García *et al.*, 2015), habiéndose convertido su recolección en un fenómeno sociocultural muy relevante. Ello nos invitaba a abordar las razones de esa persistencia, la lógica de su fuerte respuesta positiva a una estrecha interacción, tanto desde el punto de vista de las personas como de la planta.

Este artículo es un peldaño más en el estudio de esa dinámica. En otra publicación (Acosta-Naranjo, Guzmán-Troncoso y Gómez Melara, 2020) dedicamos mayor espacio a los aspectos ecológicos del espárrago y vemos el interés que para esta especie han tenido los humanos, las ventajas que les ha reportado la antropización del medio, así como desarrollamos más extensamente los aspectos bioquímicos, nutricionales y nutracéuticos de la planta. Ahora, trataremos con mayor amplitud la dimensión sociosimbólica del espárrago, incidiendo sobre todo en la parte final en el componente de género. Pretendemos con ello equilibrar dentro de lo posible las referidas dimensiones biótica y social de la coevolución.

2. Metodología

En nuestro estudio hemos llevado a cabo una triangulación de técnicas. La pesquisa se ha realizado casi totalmente a través de metodología etnográfica, que ha hecho posible el conocimiento de la zona en cuanto a la evolución de la población, los agroecosistemas, la economía y la sociedad, y especialmente el universo cultural de la recolección de espárragos. En diferentes momentos en las últimas décadas se ha realizado trabajo de campo en el marco de diferentes proyectos de investigación en la zona (1991-1993; 1997-98; 2005-2006), como puede verse en la Tabla 1, con observación participante y un número de entrevistas que superó el centenar. En 2012-13 y 2018 se llevaron a cabo entrevistas, observación y encuestas orientadas específicamente a las plantas comestibles silvestres dentro de un proyecto de ámbito nacional (Reyes-García *et al.*, 2015; Menéndez-Baceta, Pardo-de-Santayana, Aceituno-Mata y Reyes-García, 2017). En una primera fase (2012-13) se realizaron 31 entrevistas abiertas

semidirectivas con personas de la zona conocedoras de diferentes tipos de plantas y sus usos para elaborar un inventario. Se entrevistó a 18 hombres y 13 mujeres, cuyos años de edad eran 45, 47, 51, 52, 58, 59, 60, 62, 65, 67, 74, 75, 76, 78, 79, 81, 82, 86, 87 y 88.

1991-1993	1997-19	2005-2006	2012-2013	2018
Tesis dehesa	Proyecto	Proyecto	Proyecto	Revisión
	agroecosistemas	cultivadas	silvestres	silvestres
Observación	Observación	Observación	Observación	Observación
Entrevistas	Entrevistas	Entrevistas	Entrevistas	Entrevistas
			Pliegos	Reprospección
			Encuesta	Charla-taller

Tabla 1. Periodos de trabajo de campo. Elaboración propia.

Una vez completado el inventario, sistematizamos la información sobre todas las plantas y se elaboraron pliegos de herbario. A partir de estos trabajos se seleccionaron las siete plantas que se someterían a encuesta: espárrago triguero (*Asparagus acutifolius* L.), hinojo (*Foeniculum vulgare* Mill.), manzanilla real o grande (*Helichysum stoechas* (L.) Moench), zarzamora (*Rubus ulmifolius* Schott), romanza (*Rumex pulcher* L.), tagarnilla (*Scolymus hispanicus* L.) y tomillo salsero (*Thymus mastichina* L.). Para ello se tuvo en cuenta el protocolo que establecía que las especies seleccionadas debían pertenecer a cuatro categorías (fruto, verdura, infusión y condimento). Las encuestas se realizaron siguiendo una secuencia de aleatoriedad y se desagregaron en: características del informante; tendencias en el conocimiento, recolección y uso de las plantas silvestres; y valoración personal de la planta.

La muestra de la encuesta consta de una población de (N = 150) personas, de las cuales un 52% (78) eran hombres y un 48% (72) mujeres. Utilizamos tres variables cualitativas dicotómicas para evaluar la situación presente (reconocimiento, consumo y recolección); una variable cualitativa para evaluar el pasado (consumo pasado); y dos variables cualitativas para ponderar la importancia social de los espárragos en el imaginario colectivo (abundancia y apetitividad).

Las variables presentan divisiones y subdivisiones en función de las cuestiones abordadas:

- a) Situación actual de: «reconocimiento», «consumo» y «recolección» (Afirmativo / Negativo).

- b) Situación pasada de: «consumo» (Nunca / Cada Poco / Cada Mucho) y «recolección» (Ahora / Antes). Además esta última incluye una comparación con otras plantas del proyecto.
- c) Importancia social: «apetitividad» (Nada / Poco / Medio / Mucho / Muchísimo / Ns-nc) y «abundancia» (Poco / Regular / mucho).

En 2018 llevamos a cabo trabajo de campo etnográfico (incluyendo observación participante y algunas entrevistas informales) en la época de recolección de espárragos (febrero-abril). Además, hubo devolución de la información del proyecto a través de una conferencia-taller, discutiendo los resultados y nuestra interpretación de la relación de los humanos con los espárragos y sobre la recolección.

La mayoría de los datos del proyecto nacional han sido utilizados en otras publicaciones (Acosta-Naranjo, Guzmán-Troncoso y Gómez Melara, 2020; Menéndez-Baceta *et al.*, 2017; Reyes-García *et al.*, 2015). Aquí únicamente nos servimos de una parte de los datos que ofrece un contraste entre la información etnográfica sobre la recolección y el uso pasado y presente de los espárragos. Para la redacción de los artículos sobre espárragos, llevamos a cabo una revisión bibliográfica acerca de la biología y ecología del espárrago que nos permitiera entender cuestiones fundamentales de su presencia y dinámica en el ecosistema, así como su interés para los humanos.

El conocimiento del universo socioambiental adquirido durante varias décadas por la presencia en el campo es el que soporta fundamentalmente este texto y ayuda a interpretar los datos de tipo cuantitativo, a la vez que estos dan respaldo a las explicaciones sobre la interfaz humanos-espárragos que habíamos etnografiado. Una parte muy significativa del conocimiento sobre el mundo de los espárragos tiene que ver con biografía personal de uno de los autores, nativo de la zona, emigrado a la ciudad, retornante continuo al pueblo e investigador recurrente en este territorio, que desde niño hasta hoy ha vivido este universo de la recolección. Muchas de las cuestiones relativas a las explicaciones de la importancia de la planta, sobre todo lo referente a las identidades locales y de género, la vinculación con el pueblo y el campo por parte de los emigrados a la ciudad, la economía moral de los regalos, la afición a la recolección, así como a la vinculación y desvinculación de la gente respecto a los campos ahora cercados, parten en gran medida de su praxis, contradicciones, emociones y nostalgias. Desde sus inicios como investigador en los años ochenta ha tenido lugar por su parte un proceso de continua refacción entre el conocimiento antropológico y la visión del nativo amante del campo y los espárragos. Esta dimensión autoetnográfica ha servido tanto para entender su vivencia y práctica en

torno a esa planta, como para dar contexto, vida y cuerpo a las descripciones y explicaciones aquí contenidas.

3. Área de estudio

La zona de estudio la conforman las localidades de Pallares, Santa María de Navas y Puebla del Maestre, en la provincia de Badajoz, limítrofe con la de Sevilla. Es un territorio de montaña media mediterránea con suelos de escaso desarrollo y clima continental, con unas precipitaciones anuales de unos 600 mm de media. Predominan las grandes explotaciones de dehesas de encinas y, en muy escasa medida, de alcornoques. En Puebla del Maestre las pequeñas fincas de olivar tienen también una presencia relevante (Acosta-Naranjo, 2008). En este contexto, los espárragos se encuentran con relativa abundancia por todo el territorio, en todas las dehesas y olivares, siendo prácticamente inexistentes en las pocas zonas de cultivo sin árboles. En Pallares y Santa María de Navas solo se da el espárrago triguero (*Asparagus acutifolius*) y, en algunas zonas de olivares de Puebla del Maestre y una pequeña parte de las dehesas al este de Pallares, el espárrago blanco (*Asparagus albus*).

La población de la zona ha experimentado un enorme retroceso desde los años sesenta, con la modernización del campo y el éxodo rural. Se ha pasado de 5.023 habitantes en 1950 a 1.217 en 2019. En 2019 había censados 379 habitantes en Pallares, 153 en Santa María y 685 en Puebla del Maestre (INE, 1951 y 2019), tratándose de una población relativamente envejecida.

Es una de las zonas más deprimidas de España y con una alta tasa de desempleo: entre el 34,27% y el 37,41% (Gobex, 2019). El colapso de la agricultura tradicional de los años sesenta del pasado siglo sumió al territorio en una crisis social y económica. A partir de los años 80 se desarrolló notablemente la implantación del Estado de Bienestar en el medio rural. Los subsidios, de desempleo o de la Política Agraria Común (PAC), amortiguaron el efecto del paro y de la pérdida de rentabilidad de las explotaciones. Hace tiempo que la población no padece escasez de alimentos, ni mucho menos.

Para entender el agroecosistema y el sistema social en el que tiene lugar la interfaz humanos-espárragos debemos tener en cuenta algunos procesos relevantes (Acosta-Naranjo, 2008; Acosta-Naranjo, Díaz-Aguilar y Amaya, 2002), especialmente el que tiene que ver con que, al ser un territorio de montaña, no se han podido desarrollar las tecnologías y los procesos productivos que han sido posibles en otras zonas con la modernización del campo. La explotaciones son poco rentables y bastantes de

las pequeñas están semiabandonadas o no tienen relevancia generacional. Se han abandonado casi totalmente los cultivos en el olivar y la dehesa, que ha pasado a ser casi exclusivamente un sistema ganadero, y el retroceso de las roturaciones ha supuesto un avance del matorral. La gran mayoría de fincas han sido cercadas para manejar el ganado sin pastores y a muchas no se puede acceder, pues sus cancelas están cerradas con candados. Se ha sustituido la mano de obra por maquinaria e infraestructuras y hay un escaso número de personas empleadas continuamente en el campo, siendo significativo el colectivo de parados rurales y de jubilados.

Una gran parte de la población ha emigrado a las ciudades y cabeceras comarcales, y ocasionalmente algunos regresan al pueblo en sus días libres. El sector secundario y terciario lo conforman algunos pequeños negocios agroalimentarios, tiendas, talleres y bares, además de ciertos empleos en la Administración, que han crecido en los últimos 30 años. Como consecuencia de todo esto, proporcionalmente ha aumentado el colectivo de personas que trabajan en el sector servicios, la construcción y la emigración estacional al turístico de la costa. Tenemos en suma una parte significativa de población, residente o flotante, que no tiene una relación laboral con el campo o lo hace muy puntualmente. Sin embargo, estas personas, recurriendo a la expresión de Miquel Novara (2000), tienen «el campo en la cabeza».

4. Resultados

Como hemos señalado, una información más detallada sobre este asunto se encuentra en un trabajo previo (Acosta-Naranjo, Guzmán-Troncoso y Gómez Melara, 2020), por lo que en este epígrafe solo daremos cuenta de cuestiones básicas sobre el tema recogidas en la bibliografía especializada que nos hagan ver el interés por la planta desde el punto de vista nutricional.

Hay que comenzar diciendo que el espárrago es un arbusto perenne que tiene preferencia por espacios abiertos con moderada competencia con especies de raíces someras o, por el contrario, con especies de raíces muy profundas; por eso está presente junto a árboles, matorrales, cambios de terreno o vallados (Conversa y Elia, 2009; Pedrol, 2013). Se presenta en matorrales mediterráneos y también encinares o pinares abiertos, en todo tipo de sustratos. Aunque hay constancia de su presencia en zonas roturadas, son más comunes en zonas linderas de caminos y dehesas, con suelos característicamente cortos o de afloramientos rocosos. Con frecuencia se observan cercados por otras plantas silvestres y junto a la base de árboles maduros o abandonados, como los olivos, encinas, alcornos,

acebuches o peruétanos, donde los rizomas encuentran cobijo frente a la fuerte insolación y protección para su multiplicación. Hay que tener en cuenta que los árboles y los vallados favorecen la presencia de espárragos tanto por ser un hábitat importante para animales (Costa, Ramos, da Silva, Timoteo, Araújo, Felgueiras y Heleno, 2014; Suárez Esteban, 2013) que propagan las semillas de la esparraguera (especie endozoócora), como por impedir la roturación del espacio a su alrededor, lo que favorece el enraizamiento de las esparragueras.

Una característica relevante de los espárragos es la dispersión por el espacio, pues no se encuentran agrupados en cantidad en un área determinada. No aparecen concentrados en rodales (*patched*), como sucede con otras plantas de tallo y hoja (tagarninas, romanzas o collejas), sino que las esparragueras están dispersas (*fine grained*), lo que será importante para las lógicas de la búsqueda y recolección de plantas (Layton, 1997).

La bibliografía analizada sugiere que la recolección de espárragos fomenta el crecimiento de las esparragueras en tamaño y la aparición de otras nuevas en zonas cercanas (Herrera, 2014; Molina, Pardo-de-Santayana, García, Aceituno-Mata, Morales y Tardío, 2012), es decir, responden positivamente a la recolección, la colecta les ayuda a propagarse. En este sentido, un vecino de Pallares nos decía que él cortaba los espárragos aunque estuvieran espigados y no se los llevara, porque así nacerían más. En algunos otros pueblos de Extremadura nos dicen gentes de campo que podría haber más espárragos si, como antaño, las esparragueras se cortaran.

Por tanto, las dehesas y olivares de la zona son espacios sumamente aptos para la proliferación de la especie, que se ve favorecida por el proceso de extensificación, abandono del laboreo y matorralización en la dehesa, por el mismo proceso de reducción del laboreo y a veces semiabandono de muchos olivares y por la práctica extendida de la recolección.

En cuanto al valor bioquímico del espárrago, es muy significativo, por las propiedades antioxidantes, antifúngicas y por sus nutrientes (Herrera, 2014). La presencia de ciertos aminoácidos esenciales, macronutrientes y vitaminas minerales lo dotan de un especial interés para los humanos (Amaro-López, Zurera-Cosano, Moreno-Rojas y García-Gimeno, 1995; Di Maro, Pacífico, Fiorentino, Galasso, Gallicchio, Guida y Parente, 2013; Fuentes Alventosa, 2009; Simón, 2014). Por todo ello tiene una dilatada tradición como planta reconocida en España a lo largo de la historia (Villalobos, Pacheco y Ramos, 2009), actuando de forma nutracéutica, a través de un proceso psicobiológico de discriminación por necesidad. Desde su perspectiva alimentaria, el espárrago es un compensador bioquímico, no tan relevante a nivel estrictamente alimentario, como en cuanto suplemento preventivo para necesidades biológicas concretas.

Resumiendo muy sintéticamente los resultados de la encuesta (Acosta-Naranjo, Guzmán-Troncoso y Gómez Melara, 2020), la totalidad de los encuestados reconoce la planta, y un altísimo porcentaje (94%) la consume, sin que haya apenas diferencias de género. Eso sí, la recolectan muchos menos de los que la consumen (63%), existiendo aquí una significativa diferencia en favor de los hombres (del 18%). Un 17,33% de encuestados ya no la recolecta, pero hay que tener en cuenta que muchos de ellos son personas de edad avanzada que ya no salen al campo. En comparación con el pasado, ha aumentado la frecuencia de su consumo, e incluso hay personas que antes nunca la consumían y ahora sí (7,33%). Por lo que respecta a la apetitividad, que evalúa el grado de aprecio culinario y sensorial que produce este alimento, es alta. Un 32,66% dice que les gustan mucho y un 48,66% que les gustan muchísimo. Finalmente, los encuestados coinciden en la gran abundancia que la planta muestra en su entorno. Un 90,66% afirma que hay mucha abundancia de espárragos en la zona. Hay incluso un número de encuestados, escaso, que dice que ahora son más abundantes que antes.

En un estudio comparativo entre tres de las zonas de estudio en las que se llevó a cabo la encuesta a escala nacional para abordar la dimensión de género (Acosta-Naranjo, Rodríguez-Franco, Guzmán-Troncoso, Pardo-de-Santayana, Aceituno-Mata, Gómez-Melara, Domínguez Gregorio, Díaz-Reviriego, González-Nateras y Reyes-García, en revisión), pudimos observar cómo hay un diferencial de género que destaca fundamentalmente en la recolección de las siete plantas sometidas a encuesta. Mientras que en la Sierra Norte de Madrid hay cierta equidad en cuanto a la recolección, con una diferencia en favor de los hombres de apenas un 3,69%, en el caso de Sierra Morena es del 14,50% y en el de Doñana del 26,68%.

Vistos los datos de la encuesta, y para empezar a poner en relación la literatura científica consultada y los datos etnográficos recabados a lo largo de los años, debemos señalar que el balance energético de la ingesta de espárragos es negativo, por ser alimento poco calórico, sobre todo en comparación con el esfuerzo y gasto en su recolección, pues recordemos que no se encuentran concentrados en gran cantidad en espacios reducidos, sino dispersos y distantes, por lo cual hay que recorrer grandes distancias para coger una cantidad significativa. Sin embargo, los espárragos han sido históricamente importantes por sus dimensiones nutracéuticas, por sus aportes de aminoácidos esenciales, antifúngicos, antioxidantes y vitaminas. Ha sido un buen preventivo de infecciones y un aporte de fibra interesante. Su déficit calórico y su desapetitividad cuando se consumen solos se han suplido combinándolos con otros alimentos (Bueno y Ortega,

1998; Wrangham y Conklin-Brittain, 2003). Los espárragos se comen, y además de una forma concreta, porque así se ha perpetuado culturalmente, pero decantado por beneficios bioquímicos y a través de mediaciones psicobiológicas. Se comen porque se conocen y se conocen porque han sido necesarios (consciente o inconscientemente).

Las principales formas de elaborar los espárragos han sido tradicionalmente en tortilla, menestra y, en bastante menor medida, sopa. Hemos constatado que hace décadas no se preparaban revueltos y que en tortilla era lo más valorado. Sin embargo, la menor disponibilidad de huevos de una población que hasta hace unas décadas sufrió enormes carencias económicas («*cuando seas padre comerás huevo*») explicaría el menor consumo de espárragos en el pasado más lejano, del que nos hablan reiteradamente las entrevistas. En esta línea, el huevo, un usual acompañante del espárrago por su importante aporte calórico, era poco habitual en la dieta (Acosta-Naranjo, 2002; Catani, Díaz y Amaya, 2001). «*Antes, ni siquiera los que tenían gallinas comían huevo a menudo. Los pastores, por ejemplo, los cambiaban por otras cosas, como arroz o fideos, más baratos*».

En definitiva, la mayor disponibilidad de acompañamientos calóricos y proteínicos permite que se expanda y reivindique desde la perspectiva cultural el consumo de espárragos. En el pasado, el valor de esta planta residía en sus propiedades nutraceuticas, ahora está más vinculado con los valores culturales, como sucede con otras plantas comestibles en España. En este sentido, Markus Gabriel (2016) señala que cuanto mayor es el proceso de adaptación/culturización de una realidad ecológica, menor es la necesidad de reivindicación biológica, debido al soporte cultural que el fenómeno posee. Así, es necesario que pasemos a considerar otras dimensiones que se encabalgan coevolutivamente con las biológicas para entender la vitalidad cultural de la recolección y consumo de espárragos.

En el tiempo de la agricultura tradicional, hasta los años sesenta digamos, casi todas las personas cogían espárragos, ya fueran mujeres u hombres, niños o adultos, aunque con diferencias significativas en cuanto a cantidad, frecuencia e intención. Las condiciones de vida para gran parte de la población de la zona eran muy severas en la mitad del siglo XX, especialmente en la posguerra. Hay que entender que hablamos de tiempos de penuria y escasez de alimentos, algo crónico para las clases populares, mayoritarias en la zona en un contexto latifundista. En cualquier caso, tanto para trabajadores del campo como para pequeños campesinos, las plantas silvestres constituían un aporte recurrente en su dieta y un alivio frente al hambre en no pocas ocasiones para los más necesitados. Además, algunas de ellas, como las tagarninas, collejas, romanzas o be-

rros, y también los espárragos, cubrían anualmente el déficit de verduras cultivadas entre finales de invierno y principios de primavera.

Como decimos, miembros de familias campesinas y de trabajadores del campo los recolectaban en diversa medida, yendo expresamente a cogerlos o encontrándolos ocasionalmente en su transitar por los campos. Eran especialmente jornaleros los que iban de manera expresa a cogerlos en los días de paro, pues, al igual que otros recursos silvestres, eran un componente marginal de su renta (Acosta-Naranjo, 2002). Lo hacían tanto para consumo propio como para la venta, aunque esta era relativamente escasa, pues solo unos cuantos hombres en cada pueblo lo hacían, y para venderlos a algunas casas pudientes en las que no iban a cogerlos. Es comentario corriente en la zona que antes no era un fenómeno tan extendido el de «ir a por espárragos»¹: *«Antes no te creas tú que iban tanta gente a por espárragos como ahora. Aquí en el pueblo yo recuerdo a Caballero y a algún otro, pero no muchos»*.

Centrándonos ya en la actualidad, los espárragos han dejado de ser un recurso de necesidad, como todas las plantas comestibles silvestres en España. La mejora de la situación económica ha hecho que todas las familias puedan adquirir sus alimentos en el mercado en cualquier estación. Si se recolectan espárragos es por el gusto de comerlos, por una preferencia cultural (Pardo-de-Santayana y Gómez-Pellón, 2003; Reyes García *et al.*, 2015). *«Estas plantas nos han quitado mucha hambre. Ahora, gracias a Dios, no carecemos de nada. A mí me gusta comerlas por capricho, porque siempre me han gustado»*.

Desde el punto de vista comercial, la recogida de espárragos no es una actividad significativa, pues no se suelen vender; a lo sumo, algún manojo se rifa de vez en cuando. Eso sí, es muy importante el autoconsumo doméstico, pues en casi todas las familias hay quien los coge, con una circulación constante de estos entre las casas y también entre estas y las de los que viven fuera. *«Casi he llegado a aborrecerlos este año, de tantos que ha habido. Todo el mundo se presentaba en mi casa con unos pocos»*. Junto al autoconsumo doméstico, existe una economía moral sumamente importante en la zona, que no se ciñe exclusivamente a los espárragos, sino que alcanza a productos de diverso tipo, como las producciones de los huertos, las piezas de caza, las elaboraciones caseras de dulces, por

1. Utilizaremos la expresión *ir a por espárragos* para referirnos de manera específica al hecho de salir al campo a recolectar esperando coger un buen manojo, desplazándose todo lo lejos que haga falta. Hay otras formas de hacerlo, como encontrarlos y cogerlos ocasionalmente, cuando se está haciendo otra cosa, como pasear, cazar o trabajar o desplazarse a las inmediaciones del pueblo o de la casa en el campo a coger solo unos cuantos para un pequeña tortilla, por ejemplo.

ejemplo, y a muchos bienes más, que tienen en común su singularidad, el hecho de estar fuera del mercado, y en los que se expresan el saber, la habilidad y otras cualidades personales de quien los regala (Acosta-Naranjo y Díaz Diego, 2008). En este sentido, los espárragos sobresalen por su silvestralidad, unicidad, y por no ser fáciles de encontrar, al menos en cantidad bastante como para hacer un buen manojo, vistoso y con prestancia, apto para el agasajo y la ofrenda, para vehicular valores de familiaridad, cariño, cercanía y consideración hacia familiares, vecinos o amigos.

El ocio es una razón de suma importancia a la hora de explicar el auge de esta colecta, al igual que sucede con la caza y, en otros lugares, con la recolección de setas (Márquez, 2015; Soriano, 2015). Como hemos apuntado más arriba, hay un considerable número de personas en paro, además de los jubilados. Junto a ello constatamos el mayor tiempo libre del resto, tanto por las tardes como en fines de semana, bien se resida en el pueblo o se vaya a él en tiempo de asueto. La recolección es por tanto una actividad de entretenimiento, a la que recurre mucha gente a finales de invierno y en primavera. Se trata pues de una práctica de ocio al alcance de todo el mundo, con escaso o ningún coste.

Otro aspecto relevante es el de las identidades locales, que han sufrido los embates de la emigración, la crisis social rural, el descrédito de la cultura propia acorralada por el influjo de los medios de comunicación y, finalmente, la globalización. La evidencia más crítica de todo esto es la amenaza de despoblamiento del medio rural, que ha devenido uno de los principales problemas de España y de la zona (Acosta-Naranjo, Domínguez Ruiz y Domínguez Jara, 2019; Camarero, 2019) y que en estos pueblos se vive de manera palmaria.

En este contexto, los retornantes estacionales, en vacaciones o fines de semana, son actores importantes para mantener la vida social. Su condición, identificación y autoidentificación como naturales del pueblo, su deseo de reivindicarse como tales, se ven cuestionados por el hecho de no ser residentes y de dedicarse a otras actividades que no son las que han conformado históricamente la cultura local, no son *gente de campo*. Sobre esas premisas, coger espárragos es una demostración de que se participa de las actividades propias y singulares del lugar, que se dominan las prácticas y las claves culturales comunes. En una ocasión en la que durante unas vacaciones de Semana Santa uno de los autores del artículo entró por una de las calles del pueblo con un manojo de espárragos, una persona mayor le dijo con satisfacción y reconocimiento: «*Cómo no se te olvidan las cosas nuestras*», lo que le resultó de lo más gratificante y le hizo sentir y revalidar su pertenencia.

Además, la pulsión localista viene reforzada en este caso por el papel que lo silvestre, como primigenio, auténtico o exótico, tiene en ciertos imaginarios de la ciudad (el contexto más antropizado o artificializado), donde con más intensidad se viene produciendo la transmutación conceptual del campo en naturaleza, con la cual se pretende una vinculación, aunque sea puntual a través de la recolección, y de la cual se extrae como alimento un producto salvaje, sano y natural, el espárrago (Campbell y Bell, 2000; Stenbacka, 2011). Ello tiene que ver con lo que algunos autores llaman *inmersión terapéutica en la nostalgia*, que forma parte de un idílico rural en torno al que se ha generado bastante literatura (Williams, 1973).

El mantenimiento de la relación con el territorio, la reivindicación no necesariamente verbalizada de la misma, es otro de los elementos que refuerzan el interés por los espárragos. En efecto, si, como hemos visto, una parte importante de la población ha perdido la vinculación con las fincas a través del trabajo y el acceso a ellas es más difícil debido a su cerramiento, la recolección de espárragos (al igual que la de setas y la caza en las fincas privadas pero que gestionan las sociedades locales de cazadores) es el argumento más eficiente a la hora de justificar la entrada en propiedades particulares. Es la razón que admiten como aceptable no solo la gente del pueblo, sino también los propietarios, a la hora de que se pueda deambular por propiedades privadas, puesto que tiene el reconocimiento social de actividad propia del pueblo, que no supone detrimento alguno para los recursos de los dueños y está enraizada en la cultura local, como vemos y seguiremos viendo en este texto. Los roces entre propietarios y esparragueros que hemos constatado han sido protagonizados por dueños de fincas que no son naturales de la zona ni viven en ella, y que no participan de las lógicas culturales locales respecto al territorio que venimos reseñando. Un propietario local, aficionado a los espárragos dentro y fuera de sus propiedades, nos lo decía así: «*Hombre, si veo a alguno cogiendo espárragos no le voy a decir nada, ¿no? Ahora, si va a dejarme las cancellas abiertas y rompe las alambradas...*»

Cuando ha habido algún problema con propietarios, ha sido frecuente que los recolectores muestren su extrañeza, cuando no indignación, por haberse puesto en duda la normalidad de esta práctica. Como decimos, en el resto de situaciones los lugareños no se sienten tan legitimados al transitar por propiedades privadas. Aunque el simple paseo todavía lo practiquen, cada vez se sienten más incómodos a la hora de hacerlo. Las alambradas son la evidencia de un sentimiento de desposesión del territorio que se ha asentado en la práctica y en el imaginario de la gente. Es harto frecuente escuchar con un fuerte dejo de resignación: «*Ya no se puede ni andar por el campo, no hay más que alambradas y cancellas*».

A lo largo de las últimas décadas se han ido imponiendo los derechos dominicales exclusivos² de los dueños. Eso no sucedía en épocas anteriores en las que se daba una ambivalencia: por una parte, la propiedad privada de las fincas; por otra, la pertenencia del territorio a una comunidad local, que podía usufructuarlo para ciertos propósitos. Actualmente, la recolección está contribuyendo a mantener la interrelación con el territorio, que se vio debilitada por el descenso del trabajo en las fincas y el cerramiento, e igualmente permite su apropiación cognitiva (Descola y Palsson, 1996).

Pasando a una última cuestión, como ya dijimos en otro trabajo, partimos de la asunción de que el género es una construcción social que varía según las culturas, en cada una de las cuales puede haber varios, diversas descripciones de roles y estereotipos de géneros y, más allá aún, distintos modelos de cada uno de ellos. En nuestro caso de estudio existe un modelo cultural binario, el de hombre y mujer, y dentro de ellos diversas variantes, alguna de las cuales es hegemónica, y que supone una dominación de otras variantes de masculinidad y de feminidad (Reyes-García *et al.*, 2015). Nosotros partimos de la idea de un modelo de masculinidad tradicional dominante que presentaba al hombre como provisor de la casa a través del trabajo fuera y que, en nuestro caso, ha tenido como referencia al hombre de campo, heterosexual, fuerte, rudo, cumplidor en el trabajo, que no se arredra y, contrastivamente, sin afecciones de feminidad y contando con el respeto de los demás. Referencias a ello podemos ver en la literatura sobre género en el sur de España, que nos presentan una masculinidad de rasgos parecidos a este modelo (Brandes, 1980; Cantero, 1996; Mozo y Tena, 2003; Valcuende y Blanco, 2015).

En este sentido, la dominación de la naturaleza, y la agricultura y ganadería como expresión de la misma, son exponentes de ese papel masculino. No quiere decirse que los hombres que no trabajasen en el campo no respondieran al modelo de masculinidad, sino que este modelo se ha forjado históricamente en parte a través del trabajo en el campo. Ahora bien, esa actividad ya no tiene la centralidad que antaño tuvo en los pueblos, como hemos visto, y buena parte de los vecinos ya no trabajan en el campo, o lo hacen esporádicamente, y por supuesto ninguno de los que viven en las ciudades, los retornantes. Los cambios en la sociedad han supuesto además un cuestionamiento de los roles y estereotipos masculinos, de modelos de masculinidad como el tradicional de la zona. Hay por

2. Existen derechos dominicales exclusivos cuando el propietario de la finca lo es de todos sus usos y aprovechamientos, de los que puede gozar y disponer sin limitación alguna, sin que exista sobre ella ningún tipo de servidumbre de terceros, como derecho de siembra, pastoreo o aprovechamiento de frutos, ramas, rastrojeras o restos de cosecha.

tanto, en mayor o menor medida, una crisis de la masculinidad (Valcuende del Río y Blanco, 2015), además de una pérdida de las bases estructurales, materiales, que dieron lugar a su modelo. Ante ello, nuevas o viejas prácticas vienen a servir de guía en este proceso de desconcierto, como una manera de reconstrucción, o afirmación en algunos casos, de ciertas masculinidades, entre ellas una masculinidad nostálgica, proceso que se da en otros lugares y circunstancias (Kibby, 1998; Rehling, 2011). Es en este contexto donde también podemos situar el auge de los espárragos en la zona como una manera de recreación de la masculinidad tradicional. En ello, los varones, en una actividad donde sobre la dimensión instrumental prima la expresiva, parecen desplegar todo un conjunto de prácticas y ponen en juego, de forma diríamos que dramatizada, en términos de Clifford Geertz, una serie de elementos del imaginario de su masculinidad, como pasamos a describir.

En primer lugar, el esparraguero se revela como un hombre provisor de los recursos del hogar, en este caso del alimento, que se entrega a la mujer (madre, esposa, hermana), que suele prepararlo. Es así como se explican frases como esta, escuchadas en no pocas ocasiones: «*A mí lo que me gusta es cogerlos. Llego a casa y le digo a mi mujer: ‘ahí los tienes’, pero yo no los como*».

Una de las razones que explican el diferencial de recolección de Doñana y la Sierra Morena Extremeña, en comparación con la Sierra de Madrid, que se constata en el estudio comparativo al que aludimos más arriba, tiene que ver con la generización en masculino de los campos del sur, especialmente la dehesa y las zonas agrestes de Doñana. Nos encontramos aquí con una estructura latifundista de la propiedad, una casi total ausencia de poblamiento disperso, una población concentrada en núcleos urbanos (en el caso de Andalucía en agrocidades incluso) e inexistencia de Unidades de Producción y Convivencia Familiar, con casas dentro de la explotación familiar próximas a los predios. En el suroeste ibérico estaríamos ante la presencia de Unidades Exclusivas de Producción, siendo una de las zonas de exclusión agraria de mujer que señalan Porto y Mazariegos (1991). Los grupos domésticos campesinos han sido históricamente escasos, y, en cualquier caso, no hay contigüidad entre el espacio doméstico (esfera predominante de la mujer) y los predios. A partir de ahí se da una gran generización en masculino del espacio agrario. En el trabajo agrario la mujer siempre ha estado bajo la supervisión de familiares o manijeros (Talego, 1995). Ya desde niñas, las mujeres han tenido muy restringido su espacio vital a la casa y el pueblo, no han acostumbrado a ir solas al campo, no lo han explorado individualmente, y cuando lo han hecho en grupo ha sido en muchísima menor medida que los varones.

Así nos los hace ver esta cita de una mujer de la zona : «*Al campo sola, nunca. Íbamos las amigas, sobre todo a La Veleta, ahí detrás de los corrales y ahí al Llorón* [todo en el ruedo del pueblo, a menos de 500 m]. *Para los cerros y eso no íbamos nunca. [...] Los espárragos me gustan, pero no voy a cogerlos. Es que no soy capaz de verlos*».

Recordemos que los espárragos presentan una ecología muy dispersa, *fine grained*, de amplio radio. Así, la tarea del hombre provisor tiene lugar en un ámbito ajeno al del hogar, en el de lo silvestre, opuesto al ámbito que fuera tradicional de la mujer, el de la casa. La dimensión de silvestralidad, de espacio agreste, ha aumentado en la dehesa con la extensificación, el abandono del cultivo y la matorralización, y en algunos olivares también ha habido abandono de labores. También hemos visto cómo la población ya no reside en las fincas, y las mujeres han sido casi borradas de la dehesa y el olivar, que se han masculinizado (Acosta-Naranjo, 2008). La recolección supone así un dominio masculino sobre el medio, un enfrentamiento a la naturaleza de la que extraen recursos silvestres que son sometidos y culturalizados, primero a través de su conformación en un manajo con un tamaño y forma canónica, y luego llevándolos al pueblo y el hogar, ámbito de la cultura.

Entran en juego diversos elementos para conseguir su propósito: conocimiento del terreno; sentido de la orientación; conocimiento y ubicación de las esparragueras que pueden proveer de buenos espárragos y en cantidad; vista para localizarlos, ya que ello no es fácil y debe entrenarse una habilidad propia; y, cuando es el caso, rudeza y resistencia para aventurarse en terrenos difíciles o manchas espinosas o escabrosas de matorral donde estén los tallos. Hay una evidente dimensión de reputación y prestigio entre muchos de los que van a por espárragos; hay algo en juego, y ese algo creemos que tiene que ver con la masculinidad, con la competencia con los iguales, en este caso hombres.

En ocasiones, cosa que solía suceder con los niños, como recuerda uno de los autores del artículo, cuando se iba por espárragos y no se cogían muchos, se escondían, se guardaban en el bolsillo o incluso se tiraban, para no entrar en el pueblo con un manajo que se consideraba ridículo. Si las circunstancias le permiten exhibirlo, el esparraguero blasona de su manajo, sobre todo si es muy grande (un haz o una maceta de espárragos, como se dice en la terminología local al del dimensiones notabilísimas), pasando por enmedio del pueblo o haciéndose ver donde haya gente. Aunque cuando se va con coche no se puede pasar con el manajo en la mano por las calles, sí se puede bajar en algún lugar donde haya gente y mostrarlo. Actualmente, Whatsapp permite enseñar los manajos, por lo menos a gentes de la red social propia (Imagen 1). Nunca se ve a mujeres

por la calle con grandes manojos de espárragos presumiendo de ellos. Aunque últimamente empiezan a proliferar, han sido muy pocas la fotografías de mujeres con espárragos en las redes sociales que hemos visto.



Imagen 1. Foto en Whatsapp mostrando manajo de espárragos.

Parte de la dramatización del trofeo, que así puede llamarse en la misma línea que los de la caza, tiene mucho que ver con la estética del mismo. El manajo no es un conjunto caótico de tallos, sino un producto cultural, tiene una forma canónica: los tallos han de tener una longitud y grosor mínimos (el tamaño aquí también importa), no puede mostrarse parte blanca, no deben estar espigados ni rotos y los más cortos o delgados se colocan estratégicamente en el centro para que los otros los oculten. La gente del pueblo contribuye a este juego de prestigio y reconocimiento con sus elogios, sobre todo las mujeres, haciendo que los que no lo han visto sepan del tamaño del manajo o del poco tiempo en que se ha recogido, de la habilidad para verlos del esparraguero. Algo parecido podemos ver en el trabajo de Lowassa, Tadie y Fischer (2012), en el que las mujeres, con sus comenarios y actitudes, alientan a los hombres a practicar la caza furtiva. En sentido inverso, también suele haber chanzas de los hombres por lo contrario, medio en broma las más de las veces, cuando el resulta-

do es relativamente escaso, son muy delgados o cortos los tallos o están espigados. Algunos esparragueros se disculpan cuando no han cogido mucho, aduciendo por ejemplo que no iban expresamente a por un manojo, que los cogieron en los alrededores, por no alejarse mucho o, como mal menor, diciendo *bueno, para una tortillilla*. Huyen así del escenario de la puesta en juego de sus cualidades, detrás de lo cual está el jugar en serio, el apostar sobre su masculinidad.

Especialmente en tiempos pasados, ir a coger espárragos ha sido una manera que han tenido los hombres de mostrar su condición afanosa, de evitación de la ociosidad, especialmente en un contexto de bastantes días de paro para la población jornalera. Si la casa era el ámbito de la mujer, el hombre no se sentía cómodo en ella. El varón que no estaba trabajando tenía en calles y bares el lugar de ocio (Cassar, 2004:), pero corría el riesgo de que su conducta se considerara ociosidad, falta de espíritu trabajador: «*Ese estaba todo el día por los casinos, no decía 'pues voy a ir a por leña o a por espárragos'*». Si fallaba temporalmente su papel como proveedor, en este caso de jornal, recoger espárragos era una manera de proveer al hogar y a la vez de poner de manifiesto el espíritu de hombre laborioso. Es muy reveladora de este universo de la masculinidad rural la frase con la que una mujer intentó zaherir a uno de los autores de este texto. Ambos residían ya en la ciudad, pero eran nacidos en un pueblo. Cuando estaba en casa cuidando a su hijo mientras su mujer trabajaba fuera, y ante la supuesta molestia por un rudio que hacía el niño, la vecina le gritó: «*Vete a coger espárragos, maricón*».

Más allá de la connotación fálica del espárrago, mostrada por cierto en la película de animación *Asparagus*, de la directora Suzann Pitt, el espárrago es en cierta manera también un trasunto del propio cuerpo del hombre, como denota la expresión que puede escucharse referida a un varón muy alto, de figura esbelta y viril, bien proporcionada: «*!!Está chico tallo!!*» Hay que tener en cuenta que esta expresión jamás se aplica a las mujeres y que en la terminología local a los espárragos se les denomina *tallos*, pero suele hacerse preferentemente cuando estos cumplen los requerimientos de grosor, altura y estética adecuados. Para finalizar, también nos da pistas sobre las dimensiones sexuales de los espárragos, las masculinidades hegemónicas y los buenos tallos la información que nos facilitaron una antropóloga y un guarda de una finca de sendas provincias limítrofes. La primera cuenta que, una vez en la que siendo niña estaba en el campo con su padre y ella intentaba coger un espárrago que estaba ya espigado, su padre le dijo: «*Ese no lo cojas, que es marica*». El guarda nos refirió esta adivinanza: «*En el campo me crié derecho como una vela y, si a cogerme no vienes, de macho me vuelvo hembra*».

5. Conclusión. Acerca de la interfaz humanos-espárragos

Una vez considerados los elementos más relevantes de la persistencia de la recolección, podemos plantearnos la relación entre humanos y espárragos como un proceso simbiótico en el que la planta ha persistido y se ha desarrollado mediante mecanismos que la han hecho interesante para las poblaciones humanas. Que los humanos a nivel consciente sepan o no de esas virtudes alimentarias que los nutricionistas describen es algo que no resulta determinante para el proceso. Por qué razones los humanos buscan los componentes químicos de las plantas sin saber de química es una pregunta equivalente a la de por qué los animales buscan ciertas plantas silvestres solo cuando están enfermos. La química ecológica es aplicable de manera simétrica tanto a animales como a humanos y plantas sin necesidad de hablar de una teleología inconsciente de la cultura. La teoría del forrajeo óptimo estableció una equivalencia funcional entre el comportamiento de animales y humanos, en cuanto a la caza y recolección, pero limitándose a una sola dimensión, la del coste energético (Layton, 1997). Cualificar la energía, las proteínas, supuso un paso más allá, aunque todavía insuficiente. Añadir otros componentes, como los aminoácidos o minerales, en definitiva, entender en su compleción todo lo que las plantas aportan a los humanos, supone avanzar en la dirección de una comprensión más cabal de los socioecosistemas. Por otra parte, no comemos solo alimentos, sino que la alimentación y la provisión de lo que ingerimos tienen una dimensión social y simbólica de primera magnitud (Douglas 1966; Sahlins, 2006). Entendemos que ambas vertientes, instrumental y expresiva, ideática y material, no tienen por qué ser excluyentes, y es necesario explorar de manera situada cómo y por qué los humanos se relacionan con las plantas. Como planteaba Rappaport (1971), existen dinámicas funcionales que conectan el comportamiento cultural de los humanos y el comportamiento de otros organismos vivos no humanos, con equivalencias funcionales entre ambos tipos de conducta. La pandemia de la COVID-19 ha puesto de manifiesto la debilidad de los planteamientos de la excepcionalidad humana y su supuesto dominio y trascendencia de la naturaleza. En nuestro caso, creemos haber arrojado algo de luz sobre los mecanismos que las personas han utilizado para seguir queriendo recolectar y consumir una planta silvestre, aunque ya no existan las mismas razones de épocas pasadas para hacerlo.

Espárragos y humanos han convivido y coevolucionado desde tiempo inmemorial. Han llegado a ser imprescindibles mutuamente por distintos motivos y a partir de diferentes maneras de interactuar y de pensar esa interacción. Los humanos han modificado el hábitat (creando la dehesa

como bosque mediterráneo antropizado, de perturbación intermedia, y el olivar) e influido en las dinámicas biofísicas de los espárragos de maneras diversas, como por ejemplo condicionando su presencia y expansión a través fundamentalmente de la recolección. La respuesta de los espárragos a la recolección ha sido positiva y flexible, han encontrado en los humanos unos aliados para su pervivencia. En giros de reciprocidad simbiótica, los espárragos han sido una especie interesante para la gente, a partir también de necesidades cambiantes a lo largo del tiempo. Siempre se han manteniendo las dimensiones biológica y social del interés humano, aunque en diferente intensidad en cuanto a la importancia de una y otra en el transcurso del tiempo. Si en el pasado el aspecto de subsistencia, alimentario y nutracéutico era aparentemente más decisivo, hoy parece serlo el socio-simbólico, una vez satisfechas con seguridad las necesidades alimentarias básicas. No obstante, no puede explicarse una cosa sin la otra, ya que participan de una misma realidad que solo heurísticamente imputamos como distinta.

Agradecimientos: El proyecto de investigación «Factores socioculturales en la recolección y consumo de plantas silvestres alimentarias y cultivos menores. Estudios de caso en la Península Ibérica y las Islas Baleares» fue financiado por el Ministerio Economía y Competitividad, y el trabajo de campo de la encuesta, por la Diputación de Badajoz y el Ayuntamiento de Puebla del Maestre. Agradecemos a Manuel Pardo de Santayana y Francisco María Vázquez Pardo la revisión inicial de texto.

Referencias

- Acosta-Naranjo, R. (2008). *Dehesas de la sobremodernidad*. Badajoz: Diputación de Badajoz.
- Acosta-Naranjo, R. (2002). *Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa*. Badajoz: Diputación de Badajoz.
- Acosta-Naranjo, R. y Díaz Diego, J. (2008). *Y en sus manos la vida. Los cultivadores de las variedades locales de Tentudía*. Tentudía (Extremadura): CEDECO
- Acosta-Naranjo, R.; Díaz-Aguilar, A. y Amaya, S. (2002). *Memoria de la tierra, campos de la memoria*. Tentudía (Extremadura): CEDECO.
- Acosta-Naranjo, R.; Domínguez Ruiz, V. y Domínguez Jara, J.A. (2019). Activa Valverde, un caso de vinculación de la sociedad civil y la Universidad contra la despoblación. *Revista PH*, 98: 210-221.
- Acosta-Naranjo, R.; Guzmán-Troncoso, A.J. y Gómez-Melara, J.L. (2020). The persistence of wild edible plants in agroforestry systems. The case of wild asparagus in Southern Extremadura (Spain). *Agroforestry Systems*, 94: 2391-2400.

- Acosta-Naranjo, R.; Rodríguez-Franco, R.; Guzmán-Troncoso, A.J.; Pardo-de-Santayana, M.; Aceituno-Mata, L.; Gómez-Melara, J.; Domínguez Gregorio, P.; Díaz-Reviriego, I.; González-Nateras, J. y Reyes-García, V. (en revisión). Gender dynamics in wild edible plants. Insights from three Spanish areas.
- Ahmed, S. y Grainge, M. (1986). Potential of the neem tree (*Azadirachta indica*) for pest control and rural development. *Economic botany*, 40(2): 201-209.
- Amaro-López, M.A.; Zurera-Cosano, G.; Moreno-Rojas, R. y García-Gimeno, R.M. (1995). Influence of vegetative cycle of asparagus (*Asparagus officinalis* L.) on copper, iron, zinc and manganese content. *Plant Foods for Human Nutrition*, 47(4): 349-355.
- Anderson, E.N.; Pearsall, D.; Hunn, E. y Turner, N. (Ed.) (2011). *Ethnobiology*. Wiley-Blackwell.
- Brandes, S. (1980). *Metáforas de la Masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*. Madrid: Taurus.
- Bueno, P. y Ortega, R. (1998). De la fonda nueva a la nueva cocina. La evolución del gusto culinario en España durante los siglos XIX y XX. *Revista de libros*, 19-20: 42-49.
- Camarero, L.A. (2019). Los patrimonios de la despoblación: la diversidad del vacío. *Revista Ph*, 98: 50-69.
- Campbell, H. y Bell, M. (2000). The question of rural masculinities. *Rural sociology*, 65(4): 532-546.
- Cassar, C. (2004). *Honor y vergüenza en el Mediterráneo*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Cantero, P (1996). La quinta de Galaorza. *Demofilo*, 19.
- Catani, M.; Díaz, A.L. y Amaya, S. (2001). *Comer en Tentudía: aproximación etnográfica a la comida y a los hábitos de vida de las gentes de la comarca de Tentudía en los últimos setenta años*. Tentudía (Extremadura): CEDECO.
- Conversa, G. y Elia, A. (2009). Effect of seed age, stratification, and soaking on germination of wild asparagus (*Asparagus acutifolius* L.). *Scientia horticulturae*, 119(3): 241-245.
- Costa, J.M.; Ramos, J.A.; da Silva, L.P.; Timoteo, S.; Araújo, P.M.; Felgueiras, M.S. y Heleno, R.H. (2014). Endozoochory largely outweighs epizoochory in migrating passerines. *Journal of Avian Biology*, 45(1): 59-64.
- Descola, P. y Palsson, G. (1996). *Nature and society: anthropological perspectives*. Routledge.
- Di Maro, A; Pacifico, S.; Fiorentino, A.; Galasso, S.; Gallicchio, M.; Guida, V. y Parente, A. (2013). Raviscanina wild asparagus (*Asparagus acutifolius* L.): a nutritionally valuable crop with antioxidant and antiproliferative properties. *Food research international*, 53(1): 180-188.
- Douglas, M. (1966). *Purity and Danger*. Routledge and Keegan.
- Ellen, R. (2006). *Ethnobiology and the Science of Humankind*. Wiley-Blackwell.
- Ellen, R. y Fukui, K. (1996) *Redefining nature: ecology, culture, and domestication*. Bloomsbury Academic.
- Fuentes Alventosa, J.M. (2009). Caracterización de componentes bioactivos del espárrago verde: obtención de ingredientes funcionales a partir de los subproductos generados durante su transformación industrial. Tesis doctoral. Universidad de Córdoba.
- Gabriel, M. (2016). *Yo no soy mi cerebro. Filosofía de la mente para el siglo XXI*. Barcelona: Pasado y Presente.

- Gaoue, O.G. (2017). Theories and Major Hypotheses in Ethnobotany. *Economic Botany*, 71(3): 269-287.
- Gobex (2019). Observatorio de Empleo. Junta de Extremadura. En http://observatorio.gobex.es/index.php?modulo=estadisticas&cid_cat=1.
- González Abrisketa, O. y Carro Ripalda, S. (2016). La apertura ontológica de la antropología contemporánea. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 51(1): 101-128.
- Herrera, P.G. (2014). Plantas silvestres de consumo tradicional en España: caracterización de su valor nutricional y estimación de su actividad antifúngica. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- Holbraad, M. y Pedersen, M. (2017). *The ontological turn: an anthropological exposition*. Cambridge University Press.
- Hornborg, A. (1996). Ecology as semiotics: outlines of a contextualist paradigm for human ecology. En *Nature and society: anthropological perspectives*. P. Descola y G. Palsson, Eds. Routledge.
- INE (2019). *Censo de Población y Viviendas*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- INE (1951). *Censo de Población y Viviendas*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- Kibby, M. (1998). Nostalgia for the Masculine: Onward to the Past in the Sports Films of the Eighties. *Revue canadienne d'études cinématographiques/Canadian Journal of Film Studies*, 16-28.
- Kohn, E. (2007). How dogs dream. *American Ethnologist*, 34(1): 3-24.
- Layton, R. (1997). *An introduction to theory in anthropology*. Cambridge University Press.
- Leonti, M.; Nebel, S.; Rivera, D. y Heinrich, M. (2006). Wild gathered food plants in the European Mediterranean: a comparative analysis. *Economic Botany*, 60(2): 130-142.
- Lowassa, A.; Tadie, D. y Fischer, A. (2012). On the role of women in bushmeat hunting e Insights from Tanzania and Ethiopia. *J. Rural Stud.* 28: 622-630.
- Márquez, V. (2015). La nueva ruralidad. Apuntes etnográficos de la nueva ruralidad en Aracena y la Sierra de Huelva. Trabajo Fin de Grado. Universidad de Sevilla.
- Molina, M.; Pardo-de-Santayana, M.; García, E.; Aceituno-Mata, L.; Morales, R. y Tardío, J. (2012). Exploring the potential of wild food resources in the Mediterranean region: natural yield and gathering pressure of the wild asparagus (*Asparagus acutifolius* L.). *Spanish Journal of Agricultural Research*, 10(4): 1090-1100.
- Menéndez-Baceta, G; Pardo-de-Santayana, M.; Aceituno-Mata, L. y Reyes-García, V. (2017). Trends in wild food plants uses in Gorbeialdea (Basque Country). *Appetite*, 112: 9-16.
- Münster, U. (2016). Working for the Forest: The Ambivalent Intimacies of Human–Elephant Collaboration in South Indian Wildlife Conservation. *Ethnos*, 81(3): 425-447.
- Miquel Novara, A. (2000). *El campo en la cabeza: pervivencia del agrarismo en la construcción de la identidad*. Libros de la Catarata. Madrid
- Mozo, C. y Tena, F. (2003). *Antropología de los géneros en Andalucía. De viajeros, antropólogos y sexualidad*. Sevilla: Mergablum.
- Ogden, L.A.; Hall, B. y Tanita, K. (2013). Animals, Plants, People, and Things: A Review of Multispecies Ethnography. *Environment and Society*, 4(1): 5-24.
- Pardo-de-Santayana, M. y Gómez-Pellón, E. (2003). Etnobotánica: aprovechamiento tradicional de plantas y patrimonio cultural. *Anales del Jardín Botánico de Madrid*, 60(1): 171-182.

- Porto, F. y Mazariegos, V. (1991). La implicación de la mujer en la agricultura familiar: apuntes sobre el proceso de desagrarización de España. *Política y Sociedad* 9: 15-28.
- Pedrol, J. (2013). Asparagus L. En *Flora iberica*. XX: Liliaceae-Agavaceae. M.B. Rico, A. Crespo, A. Quintanar y C. Herrero, Eds.
- Rappaport, R. (1971). Nature, culture and ecological anthropology. En *Man, culture, and society*. H.L. Shapiro, Ed. Oxford University Press.
- Rehling, N. (2011). It's About Belonging': Masculinity, Collectivity, and Community in British Hooligan Films'. *Journal of Popular Film and Television*, 39(4): 162-173.
- Reyes-García, V.; Menendez-Baceta, G.; Aceituno-Mata, L.; Acosta-Naranjo, R.; Calvet-Mirbe, L.; Domínguez, P.; Garnatje, T.; Gómez-Baggethun, E.; Molina-Bustamante, M.; Molina, M.; Rodríguez-Franco, R.; Serrasolses, G.; Vallès, J. y Pardo-de-Santayana, M. (2015). From famine foods to delicatessen: Interpreting trends in the use of wild edible plants through cultural ecosystem services. *Ecological Economics*, 120: 303-311.
- Sahlins, M. (2006) [1976]. *Cultura y razón práctica. Contra el utilitarismo en la teoría práctica*. Barcelona: Gedisa.
- Sillitoe, P. (2006). Ethnobiology and applied anthropology: rapprochement of the academic with the practical. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 12(1): 119-142.
- Simón, M.M. (2014). Producción y abundancia natural de verduras de hoja, espárragos y frutos carnosos silvestres de uso tradicional en España. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- Stenbacka, S. (2011). Othering the rural: About the construction of rural masculinities and the unspoken urban hegemonic ideal in Swedish media. *Journal of Rural Studies*, 27(3): 235-244.
- Soriano, I. (2015). Caza, localidad y masculinidad en Jabuguillo y Valdezufre. Trabajo Fin de Grado. Universidad de Sevilla.
- Suárez Esteban, A. (2013). Ingenieros del paisaje en Doñana: Efecto combinado de las estructuras lineales y las interacciones planta-animal sobre el matorral mediterráneo. Tesis doctoral. Universidad de Oviedo.
- Talego, F. (1995). Los grupos domésticos jornaleros: Producción de hijos y preparación de la fuerza de trabajo. *Revista de estudios regionales*, 41: 205-228.
- Valcuende, J.M. y Blanco, J. (2015). Hombres y masculinidad ¿Un cambio de modelo? *MASKANA*, 6(1): 1-17.
- Villalobos, J.R.V.; Pacheco, D.F.P. y Ramos, M.C.C. (2009). Anotaciones al conocimiento etnobotánico y medicinal de los espárragos extremeños («Género *Asparagus* L.»). *Medicina naturista*, 3(1): 45-50.
- Viveiros de Castro, E. (1998). Cosmological deixis and Amerindian perspectivism. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 4(3): 469-488.
- Williams, R. (1973). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Wrangham, R. y Conklin-Brittain, N. (2003). Cooking as a biological trait. *Comparative Biochemistry and Physiology Part A: Molecular & Integrative Physiology*, 136(1): 35-46.